

R.5.386

378.4UCCO 281/LA2

LIBRE ACCESO 2

UNIVERSIDAD DE CORDOBA



Acto de investidura
con el grado de
Doctor "Honoris Causa"
a D. Antonio Gala Velasco

K 265511
D265508

CORDOBA
22 abril 1982

Depósito legal: Co. 393-1982
Tipografía Artística
San Alvaro, 1
Córdoba



Doctor A. Gala Velasco.

*Discurso del
Profesor Cuenca Toribio,
Padrino del Doctorando*



El Prof. Cuenca Toribio, Padrino del Doctorando, pronunciando el elogio.

Con la investidura de doctor **honoris causa** del escritor Antonio Gala, la Universidad de Córdoba sigue el loable ejemplo de alguna otra **Alma Mater** andaluza de enaltecer los valores del espíritu y la función social de la cultura en personalidades que llevan a cabo sus quehaceres fuera del estricto ámbito académico. En tiempos no muy lejanos, cuando se quebraba la norma y la Universidad se oxigenaba con el aire de otros campos, solían ser figuras de acreditado prestigio en el área de los saberes experimentales —en particular, la Medicina— sobre quienes recaía tal distinción. Por fortuna, en la actualidad, este arco se ha ampliado para acoger a otras zonas de las ciencias del hombre y de las actividades sociales en general. De ahí mi seguridad de compartir el sentimiento de este auditorio y de la corporación universitaria cordobesa en su totalidad al expresar la complacencia en recibir en ella a un hombre de letras merecedor de tan ilustre apelativo por múltiples y justos títulos. Hombre de letras, esto es, cultivador del oficio intelectual con decoro —palabra que debiera revalorizarse—, asiduidad y brillantez en los diversos terrenos de la poesía, el ensayo, el artículo periodístico, los medios de información audiovisuales y, de manera más dilatada y vocada, en esa parcela sustantiva de la creación literaria que es el teatro.

Si nuestro doctorando comparciera en la presente ocasión sólo con su repleta e impoluta hoja de servicios a la escena, sería sobrado motivo para que el principal centro del saber se congratulase de su incorporación en calidad de docente. Pues, en efecto, uno de los escasos comunes denominadores que podemos encontrar en un país tan escindido y astillado como el celtíbero, es el que conecta al patrimonio intelectual de varias de sus generaciones por el ancho hilo del conocimiento —y el gozo— de la obra de comediógrafo y dramaturgo de Antonio Gala. «Anillos para una dama»; «Los verdes campos del Edén» —antologizo piezas de mi singular predilección—; «El sol en el hormiguero», «Las cítaras colgadas de los árboles»... han reconciliado de manera entusiasta a una gran parte de la juventud y de nuestras gentes maduras con el

arte que, un día entre los días, los griegos inventaron para dar vida en un marco escénico a todo lo que de grande es capaz el alma humana.

Los títulos y contenido de algunas de las obras citadas así como de otras de su numerosa producción son bien significativos de la preocupación histórica que subyace y sustenta buena parte del quehacer intelectual de nuestro doctorando. Por deformación profesional y un poco también como tabla de salvación sufro ahora la tentación de echar el ancla de mis consideraciones en este terreno, algo más propicio para ellas. No obstante, razones obvias de adecuación con el lugar y la ocasión que hoy nos congregan hace que la rechace mos con premura mas no sin esfuerzo.

Si quisiera, no obstante, dejar apuntado que en todo el universo creativo del autor de «Petra Regalada», las cuestiones y planteamientos históricos ocupan un sitio preeminente. Conoce bien Gala que el hombre, sobre todo si este hombre es andaluz, sólo se entiende en su dimensión temporal, cronológica, la más importante, sin duda, de las muchas que lo componen. Trascendencia a un lado —y en Gala este extremo capital tampoco se encuentra orillado sino que por el contrario ocupa un puesto axial en su *globus intellectuallis*—, todo el quehacer de los humanos nace, se encauza y dirige por coordenadas temporales, pues el hombre es fundamentalmente un heredero, un albacea y un legatario; por lo que justificadamente afirmaba Ortega que somos «rehenes del pasado». Desde luego, la historia asumida como un aguijón, no como un narcótico conformista o narcisista, cosa que, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo.

Buena prueba de la preocupación y solicitud de Gala por lo acabado de decir es el discurso que pronto degustaremos y del que este proemio no quiere ser prolongada antesala. Mas antes de glosarlo como exige una irrenunciable cortesía académica, permitiréis que desgrane ante vuestra atención algunos otros extremos de su poliédrica personalidad artística.

Son numerosas —como observábamos hace un instante— las estaciones de la rica y enjundiosa tarea intelectual de nuestro doctorando en las que podríamos recalar para solaz y provecho del espíritu. Desde sus diálogos semanales con el mejor amigo del hombre hasta la crónica de urgencia, también hebdomaria, en revistas de la máxima circulación y audiencia, atravesando, claro está, toda la ancha tierra recorrida por el viejo y entrañable carro de Tespis que, conducido por Gala, encierra a la farándula más hervorosa, humorada y arlequinésca sobre la que se alza telón alguno de nuestros teatros, se perfila, decíamos, uno de los horizontes intelectuales y artísticos de más ancho y excitante diámetro de la literatura española de hodierno.

No sé por qué costado de su ya vasta y plenificante obra se inclinan las preferencias de Gala, pero intuyo que, colocado ante la opción, no tardaría en decidirse por la última vertiente que mencionábamos. Es ésta, sin duda, la más acreedora al agradecimiento de los españoles interesados porque el mayor capital de que dispone su país no amengüe y se deteriore aún más. Un poco enfáticamente pero sin exageración, cabría afirmar que la crisis del teatro implica siempre la decadencia de la civilización, pues fue ante las candilejas donde los hombres aprendieron primero a dialogar y a practicar, aunque sólo fuera por unas horas, la tolerancia de escucharse. Sea dicho ello —conviene aclararlo— no a la manera de apología del teatro como escuela de moral y costumbres, sino en defensa de su último sentido humanístico. El vendaval renovador que significan las piezas teatrales de nuestro autor, tanto técnica como temáticamente, ha vuelto a prender la llama de la esperanza en los destinos de un elemento cultural de primer orden que aún puede conocer muchas primaveras si tiene sembradores como Gala.

Vengamos, pues, —tras retornar a Ortega para decir con él que no conocemos otro medio de actuación legítima para el orador (en mi caso privado hoy, por inflexible liturgia protocolaria, del medio habitual, desahogado y es-

pontáneo) que el de bracear desesperadamente con el tiempo—, desvenemos, insisto, de manera telegráfica, el sistema arterial de la producción teatral del doctorando. En el frontispicio destacaríamos sobre todo y ante todo una cualidad que se nos antoja no sólo muy característica de su temple moral sino también de sus penates, de su ángel o genio —llámesele como se quiera— telúrico y cultural. A manera de realidad suprema y de indiscutible primacía se alza en el primer plano de su obra la figura humana, el hombre —o la mujer—, enseñoreado de la creación, esto es, de las ideas y de los instintos. Veta, registro andaluces, si los hay.

Situados en un terreno que ha gozado plurisecularmente de las preferencias de los españoles, pero que aquí resulta quizá muy adecuado, **brevitatis causa**, buscaríamos en una comparación que honra a sus partícipes las notas más relevantes del universo teatral de Gala. Enfrentado éste —sin ninguna implicación combativa o pugnaz en el término— con el de Buero Vallejo constatamos sin esfuerzo el perfil inconfundible de aquél. Mientras en la cosmovisión del primero —en edad y ahora a nuestros efectos de estos dos «ilustres» Antonios—, se exalta la idea —lo social en «Historia de una escalera»; la soledad: «En la ardiente oscuridad»; la incultura de la España tradicional «Un soñador para un pueblo»—, hasta el punto de que estos factores abstractos son los verdaderos protagonistas, que hacen, a las veces, perder nitidez y diaphanidad a los personajes de carne y hueso, en Gala el problema se subordina, o, más pedante y exactamente, se ancla, al personaje que los sustenta, vehicula y expresa —piénsese, por ejemplo—, en el espléndido ser que es Paula en «Noviembre y un poco de yerba» o en el trío femenino de las «Citaras colgadas de los árboles».

Y sobre el fondo argumental, la presencia esplendente de la belleza. En efecto; nunca se resaltará hasta que extremo Gala ha dotado a la escena hispana contemporánea de una dimensión estética preterida, si no olvidada, durante

largo tiempo. Los movimientos de vanguardia y el drama de tesis —preocupados por el impacto del mensaje—, sacrifican la belleza a la situación, y la plástica al contenido. Gala, por el contrario, realiza una envidiable síntesis de ambos elementos al conjugar con acierto los numerosos y complicados hilos de la trama escénica. Maestro en la interiorización del personaje, dramaturgo antes que comediógrafo —si es que cabe hacer en él tal distinción— Gala encarnará en su producción los vértices de las angustias y las ansias de la sociedad actual, recortados sobre un permanente fondo de depurada estética, transfundida, repitámoslo, de contenido y esencialidad —a manera de ejemplo único, por razones de urgencia—, piénsese de nuevo en Petra Regalada.

¿Transposición a su obra de los *genia loci* andaluces?. Harto probable. El andaluz es particularmente sensible a la belleza, a la física y también a la ética, a la moral. En el discurso de nuestro doctorando vamos a hallar la prueba y la demostración más irrefutable de ello.

Y esto nos trae finalmente por los caminos invisibles del azar, al obligado —y gustoso— escolio de su temática desde el ángulo y el periscopio del aprendiz de historiador. Es innegable que la personalidad histórica andaluza encuentra su razón de ser, la clave última de sus avatares y peripecias en la inserción en el marco geográfico y cultural en que ha permanecido desde los orígenes de su trayectoria. Resulta, pues, artificial y falso cualquier corte de las raíces que unen a Andalucía con el resto del mosaico hispano. Sólo la catarata de tópicos que perturba hodierno la visión normal de todo el pasado español justifica subrayar tan ostensible obviedad.

Mas, como también es lógico, el cultivo de la historia regional es un quehacer científico avalado y requerido por múltiples motivos. Hasta el presente la historia de España se ha construido siempre desde un punto focal situado, a menudo, en el centro geográfico y político del país, con muy poca participa-

ción en ella de los elementos no integrados en dicho círculo. Parece, no obstante, llegado el momento —por mera exigencia racional— de que en adelante la historia de su pasado sea fundamentalmente el resultado de la síntesis integradora de las grandes piezas que han conformado de manera secular la nación —o la «renación», como quería Unamuno— que llamamos España. Pocas de esas piezas pueden compararse, en consistencia y enjundia, con la aportada por Andalucía. Sus acontecimientos y gentes han contribuido de manera decisiva en numerosos momentos a señalar el rumbo de toda colectividad peninsular.

Como cualquier otra historia de una parcela territorial y cronológicamente dilatada, la de Andalucía implica una serie de cuestiones y problemas básicos, de resolución casi siempre insatisfactoria. Así, en el copioso haz que ofrece nuestro ejemplo, hay dos que particularmente desazonan al estudioso. ¿El término andaluz es uní o multisignificante?. ¿Al referirnos al contemporáneo de Argantonio hablamos del mismo hombre coetáneo de Diego Corrientes o del P. Tarín?. Si se establece la identidad sustancial del hombre y la cultura andaluces —como nosotros la hacemos—, es innecesario advertir que todos los peligros y deformaciones del determinismo geográfico e incluso racial se colocan al acecho, dando lugar, con sobrada frecuencia, a las contradicciones ideológicas más flagrantes. El averiguar las fuentes de esa identidad es tarea reservada más a los filósofos y otros científicos sociales que al cultivador de Clío. Sin embargo, éste no tiene reservas, en el caso que nos ocupa, para opinar que las líneas de fondo que unen a los andaluces de los últimos milenios —larga carrera...— se nutren de una misma o muy semejante actitud ante los fenómenos vitales de mayor calado y esencialidad —muerte, juego, trascendencia, relaciones entre sexos, dominio de la naturaleza, etc. No por ello, bien se entiende, el tema está clausurado; todo lo contrario. En el inmediato futuro centrará posiblemente el mayor y más importante número de las indagaciones de los especialistas de las distintas ciencias sociales.

Con menos coturno conceptual se manifiesta el segundo y último de los interrogantes —sería exagerado considerarlo como enigma— que a propósito de la índole y configuración de la historia andaluza nos formulamos aquí. A pesar de la diversidad de su paisaje físico; de la imprecisión de algunas de sus fronteras geográficas y administrativas; de las diferencias de clima y de la disimilitud de ritmo socio-cultural en parte no pequeña de su peripecia temporal, Andalucía puede considerarse como una unidad a efectos del análisis histórico. Entre Belalcázar y Purchena existe una amplia distancia espacial y hasta, si se quiere, en ocasiones, de formas de vida; pero la singularidad no se opone, ni menos aún se impone o triunfa, sobre la afinidad, y con frecuencia, la identidad. En ningún período del pasado extranjeros y los mismos habitantes de la Península dudaron en atribuir a los integrantes del pueblo situado al sur de Despeñaperros unos comportamientos específicos. Ni siquiera las marcas fronterizas —El Andévalo, Los Pedroches, La Loma o la Comarca del Almanzora— escaparon a tal clasificación, unas veces más subrayadas que otras, como es lógico. Es probable que alguna zona de la sierra de Córdoba fuera más «andaluza» en tiempos de Alhakam II que en los de Carlos V y que en la sierra de Aracena se diera el fenómeno inverso; mas una y otra giraron siempre en torno a núcleos y fenómenos enclavados o tipificadores de Andalucía.

El tema acabado de insinuar tampoco está cerrado ni resuelto definitivamente, debiéndose profundizar en varias de sus dimensiones, aún con el riesgo cierto de los bizantinismos. En una región de mayor superficie que muchas naciones europeas, es natural que sobre una esencialidad común haya zonas geográficas y períodos históricos más impregnados que otros de un fondo diferencial y sustantivo. Pero todo son contrastes dentro de una única e inconfundible familia etnológica e histórica. No hay que inventar Andalucía.

Cosa distinta es, claro, indagar la filiación «administrativa» y si se quiere hasta política de tal concepto. Aunque la acuñación de éste para la regulación

de un territorio que sólo ya por su extensión es diverso, sea reciente, pertence al mundo de los despropósitos esperará que los marbetes burocráticos impongan su aliento genésico para dar carta de naturaleza a una realidad histórica, cultural y humana como la andaluza. Su nombre puede ser de hoy; su entidad, incluso medida por un rasero cicatero, más que milenaria. Mas dejemos tan imantadora y sugestiva cuestión para pasar ya al tramo final de nuestro parlamento.

Sea bienvenido el escritor Antonio Gala a la Universidad de Córdoba. En verdad, sería tan hipócrita como irresponsable, ocultar que su recepción no coincide con un momento alentador del *Alma Mater* española. En sus mejores servidores cunde el desaliento y la desmoralización. Un prolongado período constituyente entrafía altos costes de rendimiento y eficacia que llegan a provocar el desánimo en los espíritus más recios y vocados al ejercicio de la inteligencia. La autocrítica, incluso la inmisericorde, la reflexión más exigente, han sido y son compañeros inseparables de cualquier actividad universitaria dotada de aliento y vigor creadores. Constituyen el caldo de cultivo más apropiado para que fructifiquen y maduren los saberes en su más alto grado. Ningún universitario las rechaza. Pero la permanente interinidad, la deturpación más declarada, la manipulación más grosera de una vocación y un oficio a los que se ha entregado con todo el ardor de que es capaz, no pueden por menos de provocarle hastío y hondo y corrosivo desagrado. Cierto es que, como a D. Quijote los «encantadores», no le podrán quitar el afán y el esfuerzo, aunque sí la ventura. Duro precio, en verdad, este exilio interior a que tantas veces se ve condenado. Sólo le queda el consuelo de que los mejores espíritus, las estirpes más nobles de los pensadores españoles siempre trabajaron y trabajan con ese talante de melancolía entusiasta de que ha hablado uno de sus más egregios representantes de la hora actual. Incorporaciones como la que hoy hacemos, no pueden por menos de estimularnos contra toda desesperanza. El turbión de aire fresco, de vitalismo gozoso y creativo, el espíritu, en fin, entre lú-

dico y cantarino, abrasador y urente, que se desborda por todos los cuadrantes del ancho hemisferio intelectual de Antonio Gala sólo puede significar un acicate y un ejemplo de fé en los destinos del intelectual y de su misión en una sociedad que, como subdesarrollada, le sigue aún teniendo como mero ornato, en lugar de guía, conciencia y espuela. Vístase, pues, nuestra corporación con las mejores galas para recibir a tan destacada personalidad, a la que según el viejo rito, pronunciado por nosotros con sinceridad exenta de convencionalismo, le deseamos una labor, en nuestra Universidad y fuera de ella, llena de serondos frutos. **Ad multos annos.**